

Ensayo I.

El arte del *suiseki* es una tradición oriental ligada a otras prácticas como el zen, el ikebana o el bonsái, cuyo cometido es la contemplación de las piedras.

Esta práctica consiste en la colección de piedras o guijarros, no superiores en tamaño a la palma de una mano, que evocan a formas de la naturaleza, generalmente paisajes montañosos. La piedra se coloca sobre una base, que realza su figura, llamada *daiza* (si está realizada en madera), *suiban* (si está hecha en cerámica) o *doban* (si es de bronce).

La contemplación de las piedras y el relajamiento que acompaña a esta experiencia, bajo una lectura política, supone un fiel reflejo de la configuración del *paisaje* que acompaña a sus poseedores.

En el momento en que un adoquín se lanza contra lo estático, emerge un volcán de vidrio. Su recorrido fluye como los salmones río arriba, contra la corriente.

Gustav Klucis además de su conocido uso del collage, realizó numerosos diseños de radios y tribunas de oradores. Profesó un nuevo modo de concebir el formato monumental como herramienta y dispositivo público para comunicar, transmitir conocimiento, ideología y memoria, que se adecuaba a muchas de las premisas del Plan Monumental de Lenin de 1917.

Tras participar en el Pabellón Soviético de la Exposición Internacional de París de 1937, Klucis fue arrestado y condenado a muerte.

Falleció el 11 de febrero de 1938.

Con su muerte y el paso del tiempo, los altavoces se llenaron de cemento y las tribunas más y más altas, se perdieron en la lejanía.

Recuerdo escuchar a Rabih Mroué, hablando sobre el modo de grabación de algunas imágenes de conflictos.

Unas, la mayoría, grabadas con móviles, inestables en el pulso, en el plano. Otras las menos, más eficientes y difundidas, estables, de alta calidad y grabadas con la seguridad que supone usar un trípode.

La historia de unos, la de otros,
las imágenes de unos, las de otros,
la memoria de unos, la de otros.

Imaginar que esas estatuas de aquél, no son derribadas, ni retiradas, ni modificadas, ni sometidas a una nueva ley de memoria salvadas del presente en un recóndito almacén que esquivaba la historia.

Imaginar que sufren una condena peor.

Son engullidas por las malas hierbas a la vista de todos y bajo el interés de nadie.

Tratadas como lo que son, piedras.

Son numerosas las estatuas que se produjeron de Vladimir Ilich tras su muerte, tan cuantiosas como las que aún siguen siendo derribadas.

Ambas situaciones, contrastan con las declaraciones que la propia Nazezdha Krúpskaya hacía poco después de su muerte, en el diario Pravda:

¡CAMARADAS TRABAJADORES Y CAMPESINOS!

Tengo que haceros una gran petición a todos vosotros: no dejéis que vuestro dolor por Ilich se muestre en la veneración externa de su persona. No le construyáis monumentos... Si queréis honrar el nombre de Vladimir Ilich, construid guarderías infantiles, jardines de infancia, hogares, escuelas.